

(De la edición hecha por la autora en Argentina en 1941)

Nota de la autora: (escrita a mano)

Este original se ha publicado por la autora en Buenos Aires en 1941, sin más alteración que el orden de algunos cuentos y la supresión, en la edición mencionada, de los cuentos siguientes:

- La zorrilla artera
- Avellana
- Martinico
- El sapo
- Los tres leones
- Juanín

En cambio, el librito de 1941 incluye "Los duendes de las bodegas", que aquí falta.

El título de la edición de 1941 es el siguiente. "Pues señor...Cómo debe contarse un cuento y cuentos para ser contados".

Presentación

Estos primeros cuentos, que son para contarlos a los niños, se los dedico peincipalmente a las madres, y están escogidos de entre los más bonitos, y más apropiados, del mundo.

Prólogo

Hemos olvidado el arte de contar cuentos. La difusión del libro, el cine, y las distracciones de todas clases nos han alejado de la dulce intimidad del hogar.

Pero aunque el libro ha sustituido el relato de la madre, que oían criados y vecinos junto al fuego, no puede sustituirle para el niño que aún no sabe leer, o que, aún sabiendo, no puede axtraer de la palabra escrita todo el interés y la gracia que subrayan el gesto y la voz.

Algunas madres, con sublime intuición, aciertan a contar bellamente los cuentos, pero eso no ocurre siempre, y el relato lento y monótono, o rápido y deslavazado, pierde todo su encanto para el pequeñín que escucha anhelante.

He aquí una asignatura olvidada en la escuela para kas futuras madres , ó como base de una profesión deliciosamente femenina, que ya existe en Norteamérica: narradora de cuentos infantiles. La señorita narradora acude a contar cuentos a los niños a los asilos, a los hospitales, a los colegios, y a los parques públicos donde ya está establecida la hora del cuento.

Esto, sin embargo, no puede liberar a la madre de ser ella la iniciadora de la fantasía en la tierna imaginación del niño. Ella es la que asiste al despertar de la conciencia de su hijo y le acompaña a descubrir cada día un inefable prodigio. Un día, de repente, descubre, sonriente y feliz, sus dos manitas, y la madre le canta, moviendo los dedos ante sus ojos:

“Cinco lobitos
tiene la loba...”

Mañana descubrirá el volumen de su cabeza, y su madre le hará darse suavemente con el puño en los rubios, o morenos, rizos.

“Date, date, date
date en la mochita...”

Descubrirá el gato desde los brazos de su madre, y tratará de imitar su maullido:

“¿Cómo hace el gatito, hijo mío?”....

Comenzará a seguir con los ojos el vuelo de las mariposas y el sendero de las hormigas: va llegando el momento de hacerle la primera narración: “Pues señor, ésta era una hormiguita que estaba barriendo el portal...”

El niño de dos años, que apenas sabe hablar, ya vé a la hormiga barriendo, al lobo llamando a la puerta de los chivitos, y al gallito camino del palacio del rey. Se le acaban de abrir los ojos sobrehumanos de la imaginación.

Estos cuentos, que van a mostrar por primera vez al pequeñín la ventana mágica que se abre sobre el jardín del prodigio, han de ser de tal calidad que, como dice Miss Bryant, la narradora norteamericana, “puedan ser sustituidos, fácil y absolutamente, por imágenes.

Son muy pocos los que cumplen esta condición de una forma tan apropiada como la de los cuentos clásicos, que no provienen de los libros sino de la remota fuente que apagó la sed de todos los pueblos. Estos son los que el niño comprende más fácilmente, y los que le cuesta menos trabajo asimilar.

Son relatos repetidos infinitamente que han adquirido las cualidades de las creaciones de la naturaleza, y, como en ella, los ritos se repiten, como el día y la noche, el cambio de los pétalos de las flores, las estaciones, la circulación de la sangre, y tantos otros. El niño, apenas desprendido del regazo de la naturaleza, disfruta especialmente de esa aventura repetida en la que muchas veces toman parte los animales (que a veces son los protagonistas) viviendo y comportándose como las personas.

El niño, al mismo tiempo que aprende a llamar a su padre, imita el maullido del gato, y el rebuznar del burro, y comprende enseguida las aventuras de la gallina, las inquietudes de la hormiga, y las picardías del lobo.

¡El animal habla! Y ¿por qué no? Todos le hemos oído hablar en sueños sin asombrarnos demasiado, tal vez porque aún no hemos encontrado una razón suficientemente justificada de que los animales no hablen como nosotros. Para el niño, el quiquiriquí del gallo es una palabra tan comprensible como cualquiera de las que oye a diario.

Esta clase de cuentos tiene su etapa, que podría situarse, aproximadamente, entre los dos y los cinco años:

“Cuando los cuentos de animales dejaron de interesarme, mi aya me contaba cuentos de hadas”, dice Perrault en el prólogo de uno de sus libros. Es sabido que, antes de entrar en el palacio de las hadas, hay que cruzar un jardín lleno de mariposas y un patio guardado por leones.

Perrault no nos dice a qué edad salió del castillo encantado porque dejaron de interesarle los cuentos de hadas, pero los niños españoles, tan ávidos de realidades, se aburren pronto de los cuentos maravillosos. No hay, pues, que perder tiempo. Hay que contar en cada época los cuentos que el niño reclama para completar sus experiencias, ya que ellos han de formar el fondo del cuadro de su vida y son como el paisaje en que va a destacar la silueta de su personalidad.

Los primeros cuentos que oye el niño se los cuenta su madre, y la madre debe aprender a contarlos bien. Una docena bien elegidos y bien contados bastan para nutrir su fantasía en esta primera época.

Lo que en estos momentos se trata de conseguir antes todo es su atención, pero no hay que desanimarse si, al principio, el niño se distrae y parece no atender. La capacidad de atención se adquiere en los primeros años de la vida, y es sabido que los distintos grados de inteligencia son muchas veces gradaciones distintas de atención.

El niño comenzará a atender a medida de que vaya comprendiendo, y se vaya interesando en las aventuras del personaje principal del cuento. Cada día, la misma narración irá ensanchando el camino para llegar a la inteligencia del niño, irá iluminando nuevos lugares hasta hacerlos suyos, carne de su carne y sangre de sus venas.

Ya no podéis cambiar un solo concepto, porque el niño recuerda el cuento como se lo contaron los primeros días, que es cuando se le ha ido incrustando en el cerebro, y no permitirá modificación alguna. A pesar de esto seguirá pidiendo el mismo relato, para comprobar regocijado que las palabras se han hecho luz en su pensamiento, que el asunto le ha entregado su secreto, y que le pertenece como una parte de él mismo.

Tanto la madre como la señorita narradora deben conocer y amar los cuentos,

deben saber cómo adaptarlos para ser contados, y deben cotarles con gracia y con sencillez.

Para las madres, para las niñeras, y para las instirutrices, y, sobre todo, para vosotras, las abnegadas compañeras de las primeras bibliotecas infantiles, que me habeis asistido con vuetra atención y cariño en el ensayo de "La hora del cuento", está escrito este libro.

Que él os sea útil y amable.

El cuento clásico a través de los tiempos

Antes de pasar adelante es conveniente hablar del cuento clásico y de su valor en la educación del niño. No puede enseñarse la historia de la literatura en toda su extensión si no se comienza por el cuento infantil.

Para llegar a Homero hay que haberpasado antes por los astrólogos de las mesetas de Asia que contemplaban el cielo en las noches estrelladas. Como en un libro abierto se ofrecía a sis ojos el maravilloso espectáculo de las constelaciones, en las que, a simple vista, descubrieron los movimientos de traslación y rotación, que luego los sabios modernos tardaron miles de años en advertir.

Al amanecer, el libro de estampas prodigiosas cerraba sus tapas, y el astrólogo, que era también poeta y pastor, traducía en símbolos su sabiduría: la constelación de la Osa Mayor, por ejemplo, se representaba como siete niños perdidos en el profundo y oscuro bosque del cielo...

En el cuento, el padre, que había llevado allí a sus hijos con el decidido propósito de abandonarlos, se iba entonces, y era como esa estrella que parece apartarse de las otras y caminar en distinta dirección. Pulgarcito, el hermano más pequeño, tan chiquito como el dedo pulgar, era esa estrella pequeña que los árabes llaman Sardak y los astrónomos cristianos Alcor , y que se ve con dificultad junto a la estrella del centro, en lo que pùede llamrse la cola de la Osa .

Pulgarcito es el hermano menor, y, por serlo, es el que salva a la familia. En el cuento clásico es siempre el hermano menor el más inteligente, el más bueno, el que desencanta a la princesa, el que entra en el castillo y lleva a su padre el Agua de la Vida; es el misterioso hermano pequeño de los relatos bíblicos, (Abel, Jacob, José...) y biológicamente parece hanerse comprobado los más inteligentes sonque son los últimos hijos, los que nacen cuando sus padres han llegado a la madurez.

Volviendo al cuento de Pulgarcito, vemos a los niños perdidos en la noche, y abandonados por su padre...pero el hermanito ha dejado el cielo sembrado de un

reguero de estrellas para no perderse. Y ahí está la Via Láctea, ancha calzada que marcó más tarde el camino a los peregrinos de Santiago.

Pero no todas las noches puede percibirse con toda claridad el rastro iluminado...y los siete hermanos acaban por perderse . Sin Pulgarcito, que vé a lo lejos la Estrella Polar, que, en realidad, es la luz de la casa del ogro, se hubieran perdido definitivamente.

Es muy posible que sea éste el origen de Pulgarcito, como el de Blancanieves la constelación de Casiopea, y como Caperucita es el símbolo de la aurora devorada por la noche.

Representaciones siderales, símbolos de fenómenos astronómicos y relatos míticos parecen ser en su origen la mayor parte de los cuentos clásicos, considerados por Menéndes Pelayo como "materia religiosa de extraordinaria riqueza".

Las emigraciones de los pueblos reparten estos relatos, aprendidos de generación en generación, por el mundo entero. Esta es la universalidad del cuento infantil, que no nació para los niños pero sí en la época de la infancia de la Humanidad.

Los cuentos del Panchatantra y del chino Shan-Hoi-King son iguales que los que aparecieron en los sarcófagos de las momias egipcias y que los que se cuentan actualmente en las cocinas de toda Europa y en las cabañas de Africa. Estos cuentos, trasplantados a diferentes climas, han dado diferentes frutos. Después de perder su significación gastronómica, se han hecho unas veces rústicos y otras cultos, sencillos ó complicados, tiernos ó crueles. Se han adaptado, actualizándose, a todos los pueblos y a todos los tiempos. El chivito que ahora se esconde en la caja del reloj huyendo del lobo, se escondió antes en algún extraño y desconocido lugar, y se esconderá pronto en la caja de la radio, o del gramófono.

Pero no todos los cuentos clásicos tienen un origen prehistórico: hay muchos nacidos de relatos de catástrofes, sucesos y guerras, que fueron llevados de pueblo en pueblo por juglares y trovadores. A esta clase pertenecen "Barba Azul", precioso cuento basado en el espeluznante relato de los crímenes del mariscal Rais, ahorcado en 1440, así como la canción de Mambrú (Malborough), general inglés que hizo la guerra contra Francia en el siglo XVIII, y "Delgadina", suceso acaecido en una corte europea , que debió dejar aterradas a las gentes en la Edad Media, Parecido origen tiene la historia de Grisélida, el hermoso cuento de Chaucel ("Griselidis"), que decía habérselo oído contar a los peregrinos de Santiago, que ocupaban las largas noches del viaje en amenos relatos.

En el siglo XVIII, el editor francés Galland hizo en París una edición de los

"Cuentos de las Mil y una Noches", adaptándolos al gusto de la época y liberándolos de las escenas, demasiado expresivas, del Oriente. Es éste un libro de cuentos al que no se le puede dar una procedencia determinada, pero que parecen de origen indio en su mayor parte, aunque mezclados con algún relato persa.

Por entonces recogió Perrault los cuentos que le había narrado su nodriza, en un libro titulado "Histoires du temps passé". Charles Perrault era el secretario del ministro Colbert, y había entrado en la Academia Francesa gracias a un poema suyo titulado "El siglo de Luis XIV". Sin embargo, no nos acordaríamos tanto de él si no hubiera dejado, deliciosamente rimados, los cuentos que el pueblo francés había impregnado de su gracia alada y del supremo encanto de su espíritu culto.

Se había puesto de moda recoger cuentos, y hasta inventarlos, y todas las damas de la corte del Rey Sol se aplicaron a esta tarea, aunque, en general, con un éxito muy desigual. La Condesa d'Aulnoy fue una excepción: a ella le debemos dos cuentos maravillosos, aunque no de su invención: "La Bella y la Bestia", y "El Pájaro Azul".

Años después, los Hermanos Grimm, en Alemania, recorrieron las posadas de los pueblos oyendo contar viejos cuentos, y se admiraron al ver el enorme caudal de historias que poseía su país. Algunos eran los mismos que había reecido Perrault en Francia, pero éstos estaban saturados de las nieblas del Norte. El palacio de la Princesa Dormida está en un espeso bosque de Alemania, y las zarzas no se limitan a cubrir las paredes del castillo, sino que alargan sus espinas para aprisionar a todo el que se acerca, dejándolo morir como una mosca en la tela de una araña.

Ha sido ya en siglo XIX cuando la semilla venida de Asia nos ha dado a conocer sus prodigiosos frutos en Dinamarca: Christian Andersen, saturado de mitología escandinava y ferviente admirador de "Las Mil y Una Noches", inventa, con elementos de viejas narraciones míticas, los más hermosos cuentos del mundo.

La vida de este poeta constituye una de las más interesantes biografías que pueden contarse a un niño en cuanto salga de la primera infancia. El nos dice que nació en una cama hecha con los restos de un catafalco: tanta era la pobreza de su familia. Siempre tenía rotos los zapatos, y sus vestidos eran tan miserables que el frío le entraba por todas partes.

- "Es terrible tener un apellido terminado en sen"- dijo un día un chico de su escuela- Yo no podría soportar llamarme así".

Pero Cristián confió, en secreto, a su compañera de banco, el rigen de su pobreza. Quien había tenido la culpa de su apellido había sido un hada a quien

sus padres se olvidaron de invitar a su bautizo, y que se había vengado de tan terrible manera.

- Y ¿no habrá remedio?- preguntó, anonadada, la niña.

- Sí: cuando sea mayor encontraré el talismán que nos salve.

Sin lumbre en su casa, sin los libros de cuentos que él adoraba y que habían sido vendidos para comer, y sin pan algunos días, Cristián tuvo que buscar trabajo en Copenhague cuando tenía catorce años. Fué dando tumbos de un lado a otro, durmió muchas noches en los portales envuelto en papel de periódico, y vivió "al sol de Arabia", como decía él, recordando los hermosos sueños de "Las mil y una noches" que le llenaban la cabeza.

En la escuela consiguió, por fin, una beca de estudios, y de allí pasó a la Universidad, y fué al comenzar a escribir cuentos cuando encontró el talismán que iba a redimirle de la pobreza.

Casi todas sus narraciones están inspiradas, y a veces, clacadas, de las que oyó en su infancia, pero, como era un evocador prodigioso, todos sus cuentos, "Los príncipes encantados", "Almendrita", "El traje nuevo del Emperador", "El silbato prodigioso"...todos construídos con elementos ancestrales, se enriquecían con nuevos valores surgidos de su espíritu de poeta.

En ninguna cosa se fija tanto el espíritu de un país como en el cuento popular; por eso en España las narraciones populares, que, en su mayor parte son viejos relatos orientales, son ásperas y duras, pero con una capacidad tan profunda para el dolor, y un poder tan extraordinario de conservación que algunas no han perdido su sentido astronómico. Por ejemplo, en "El Castillo de Irás y no Volverás", la viejecita, que es la madre del Sol, de la Luna y del Aire Solano , va vestida con refajo encarnado y pañuelo de talle, tal como las describen los pastores de Castilla y de Extremadura.

De igual manera, Shakespeare se inspira en el cuento popular "La vieja de los gansos" para presentar, en su "Rey Lear", el cortejo de príncipes, magnates y fuerzas ciegas de la Naturaleza, y nuestro Cervantes encierra en un pobre higoalgo y un villano humilde toda la filosofía humana.

Es así, con esta sobria llaneza, como hacemos cotidiano lo maravilloso, y convertimos al sol en campesino y a San Pedro en compañero de viaje por las carreteras polvorientas.



Como nuestros lectores son españoles, siempre que podamos debemos dar al niño el cuento clásico que se ha hecho popular en las cocinas de España. De este

modo será para él cotidiano lo maravilloso, y las princesas no vivirán siempre en bosques del Norte con cisnes en los lagos, sino en las soleadas llanuras, ó en el patio fresco y enlosado.

Y el portal manchego con la cantarera rezumando agua resca que huele a barro limpio, la bodega de tinajas panzudas, la reja llena de geranios, la solana, los campos de trigo ondulante, los rastrojos y los olivos serán el fondo conocido y familiar del cuento mágico.

Además, el cuento mítico, al hacerse español, ha adquirido todas las cualidades de la raza, por lo que el niño lo comprende mejor, lo siente suyo, y lo deja disolverse en su espíritu, identificándose con él.

EL CUENTO EN LOS DISTINTOS PERIODOS DE LA INFANCIA

De dos a cuatro años

El primer cuanto que oiga el niño debe estar hecho con los mismos elementos que él maneja a diario: el papá, la mamá, el gallito, la hormiga, el gato, la mariposa, etc...

El niño pequeño prefiere un cuento de infinitas repeticiones, y hasta de repetición encadenada, del cual existan distintas versiones en todos los países sin otra variación que la fauna y el sentido popular propio de cada raza.

En España, los cuentos populares varían según la región en que se cuentan. Uno de los más conocidos, "La boda de mi tío Perico", comienza así:

"Pues señor, éste era un pollito que iba a la boda de su tío Perico y vió un grano de trigo en un muladar, y se dijo:

- Si no pico, pierdo el grano, y si pico me mancho el pico y no podré ir a la boda de mi tío Perico....

El pollito picó y se manchó el pico. Entonces dijo a la hierba:

- Hierba, límpiame el pico para ir a la boda de mi tío Perico...

Y la hierba contestó:

- No quiero.

El pollito se fue andando, andando, y encontró una cabra, y le dijo:

- Cabra, cómete a la Hierba porque la Hierba no quiso limpiarme el pico para ir a la boda de mi tío Perico...

Y la Cabra contestó:

- No quiero."

Así el pollito pide al palo que pegue a la cabra, y al fuego que queme al palo, y al río que apague al fuego, y al burro que se beba el río, para castigar la desobediencia de cada uno, empezando por la pícara hierba que no quiso limpiarle el pico.

La narradora puede ir acumulando personajes sin temor a que el niño se canse, y, si el último de todos es el mismo niño que se niega a matar al tábano porque no quiso picar al burro, el éxito será definitivo porque nada le satisfará tanto como ser unos de los personajes de la narración.

A esa edad, el desenlace de la narración no tiene demasiada importancia: el niño prefiere "el camino a la posada", y ama el viaje por el viaje en sí mismo. Son estampas que van pasando por delante de sus ojos asombrados descubriéndole el mundo a que prácticamente acaba de llegar.

Entre los cuentos populares españoles existen algunos tan deliciosamente pueriles que pueden ponerse con ventaja junto a las más hermosas narraciones universales, como sucede con "La Hormiguita", el cuento que todos los niños españoles hemos oído al principio de nuestra vida. Esta hormiga, que barre el portal, y que, por miedo al que dirán no sabe en qué gastarse el ochavo que acaba de encontrar, es en algunas regiones una mariposa y en otras una mariquita, pero el cuento es esencialmente el mismo.

Este cuento, inventado seguramente por una abuela aldeana y repetido hasta el infinito por miles de abuelas y de madres, es el cuento infantil por excelencia, creado para los niños, sin ningún simbolismo ni enseñanza moral. Es "contar por contar", en esa edad en que el interés glósico es tan vivo que se asimilan palabras iguál que se asimila el fósforo, y en que se adora el sonido, y la repetición, y cada nueva palabra aprendida es un hallazgo precioso:

- "-Hormiguita, hormiguita...¡qué bonita estás!
- Hago muy rebién, que tú no me lo das.
- Hormiguita, hormiguita...¿te quieres casar conmigo?
- Y ¿cómo harás por las noches?
- ¡Guau, Guau!
- ¡Ay, no, no, que me asustarás!....."

Tal vez no exista entre todos los cuentos míticos ó populares de otros países ninguno que se le pueda comparar y ser contado como éste al pequeñín balbuceante.

"El pajarito remendado", cuento de la región aragonesa, es también una buena

narración en esta época en que las repeticiones rimadas puerilmente encantan al niño, que se las aprende y repite imitando la voz y los gestos de la narradora, porque es la edad en que el sentido imitativo es extraordinario, y el pequeño hace en ella su aprendizaje de palabras, sonidos y movimientos.

En este momento de la vida hay gran predilección por los cuentos que tiene voces onomatopéyicas. El Lobo hace "¡PON, PON, PON!" llamando a la puerta. El caballo hace "¡PATAPLAN, PATAPLAN, PATAPLAN!" con los cascos, y el zorro se come a la gallina haciendo "¡AUM, AUM, AUM!".

A veces en esta edad de la palabra el niño aprende con verdadera aplicación ristas enteras de sonidos sin sentido, que hacen su delicia. Sería de desear que la madre y la narradora supieran pequeñas composiciones poéticas de esta especie.

"Don Dondiego
de nieve y de fuego
don din don,
que no teneis don"

de Rafael Alberti, y aquella otra, más antigua

"Dijo el gato: ¡Miau!
Y la gata: ¡Marramiau!
Puz, puz, puz
Ni gavau ni gavuz"

Son experiencias, modelos de adaptación orgánica a los sonidos, dificultades para vencer con la garganta y la lengüecilla torpe que empieza a adaptarse al idioma.

Como tipo de cuentos para esta primera época de la infancia pueden señalarse "La Hormiguita", "Los siete chivitos y el lobo", "La boda del tío Perico", "El Pajarito remendado", "El huevo", "La gallina Picoreta", "Los tres osos", "Caperucita Roja", y todos los que, como estos cuentos sean narraciones pueriles, casi sin argumento, de una absoluta simplicidad, que pueden ser comprendidos y aprendidos enteramente por el pequeño

A esta edad la capacidad física es superior a la capacidad de atención, y el niño prefiere el cuento familiar y conocido, lleno de repeticiones y que llega a conocer palabra por palabra, al cuento nuevo, que le obliga a prestar atención. Este cuento debe ser tal, que el niño pueda asimilarlo fácilmente y reproducirlo, a su manera, en los juegos individuales. En sus primeros años, el niño es un actor en potencia, y sólo hay que darle los elementos imprescindibles para hacer de

lobo (o de pollito, o de lo que el cuento exija) y llamar a la puerta de los siete chivitos.

En el niño español el sentido de lo cómico aparece muy pronto, y es conveniente añadir, a estos cuentos, los de gracia e ingenio. Es muy apropiado "El gallito", cuento perteneciente al folklore español, marcado con el genio de la raza, y muy oportuno en esta edad. Pueden añadirse "Juana la lista", "Epaminondas", "Las agudezas de Juan", y algunos otros cuentos populares de la serie del tonto, que todo lo entiende al revés, y cuyas torpezas hacen reír al niño, que se siente superior a él. Es el caso de la risa por el tropezón.

De cuatro a cinco años

Debe continuarse contando los mismos cuentos, y, poco a poco, aumentar el número con algunos de hadas.

Algunas veces antes y otras después de los cuatro años, entra el niño en el ciclo de lo maravilloso de acuerdo con la ley biogénica que establece un paralelo entre el desarrollo del cerebro humano y la historia de la Humanidad. Y, así como en el desenvolvimiento de la raza, el ciclo de las comogonías precede al de los hechos heroicos, en el niño también es de interés por lo maravilloso lo que primero despierta, después de la época de adaptación material y antes del periodo de crecimiento.

Este es el momento en que debe empezarse a contar "Pukgarcito", "La reina mora", "Barba Azul", "Las hadas", "Los siete cuervos", "Blancanieves", y todos los cuentos mágicos de argumento sencillo. Esto no quiere decir que no deban contarse antes si el niño reclama nuevos cuentos, pero debe hacerse en una proporción de uno a diez, ya que aún no podrá comprenderlos.

Hasta ese momento, el cuento mágico ha estado fuera de su capacidad de comprensión. El lobo y la hormiga hablaban, pero sin dejar de ser hormiga y lobo, sin materializaciones de hadas, genios o princesas, sino animales con toda su dignidad.

La imaginación del niño, que comenzó a despertarse en los primeros meses de su vida, brota ya a borbotones y se desbordará sin el cauce de fina arena que le ofrece el cuento de hadas, no dejando que se atrofie, o que entre en el campo de la patología, esa imaginación infantil que le permite ver un río en la estera del pasillo y una carreterapolvorienta en el rayo de sol que llega hasta su mano.

La cualidad imaginativa es la transposición mágica de la realidad en ensueño, y el despertar más importante en la vida mental del ser humano. No es conveniente desterrar los cuentos de hadas y de duendes: mucho se ha discutido

sobre ello, pero, si a la imaginación del niño no se le da el cuento mágico cuando le llega la hora de nutrirse de maravillas, buscará el relato de brujas, o de crímenes espeluznantes y sucesos misteriosos, que dejarán una huella terrible y peligrosa en su cerebro. En un momento decisivo de su vida interior, la necesidad de su espíritu se satisfará con lo primero que encuentre a mano.

Es doloroso que el niño, siempre imaginativo, se vea defraudado por un exceso de realidades, convirtiéndose en un ser vulgar y gris, siempre a ras de tierra. sin una chispa de luz divina en su cerebro. Y tal es el caso de la mayor parte de los seres humanos.

Una imaginación bien canalizada es la más brillante colaboradora de la inteligencia, sirviendo a planes bien definidos y concurriendo a utilísimos resultados.

De cinco a siete años

Dad al niño los cuentos recogidos por Grimm y Perrault, los de Andersen, los cuentos mágicos, los clásicos que tengan un valor moral y le enseñen el arte de vivir...y él os lo agradecerá.

El niño, que ha comenzado por encontrar en el relato el modelo de gestos y palabras, descubre ahora la moral práctica del cuento, y, con un gran sentimiento utilitario, trata de imitarla.

El cuento clásico que echó a andar por los caminos del mundo como un ser vivo, huésped maravilloso de las cocinas aldeanas, fue adquiriendo experiencia y filosofía práctica de la vida. El contenido moral, pasando de boca en boca, se ha enriquecido, y, al desprenderse definitivamente el héroe del cuento de su origen astrológico, se ha convertido en el símbolo de la astucia, o de la respojsabilidad, o del valor alegre y sereno.

Y es que apenas hay un cuento clásico que no tenga un gran contenido moral, y los niños, siempre deseosos de normas de vida, asimilan fácilmente sus enseñanzas, sobre todo si no ha habido un espíritu torpemente utilitario que haya añadido una moraleja al cuento...porque entonces quedará defraudado, como nosotros al leer una noticia interesante...que oculta hasta el final el anuncio de un específico.

La enseñanza moral ha de desprenderse del relato. El niño aprenderá a soportar con entereza el dolor en "Los príncipes encantados", donde la princesa Elisa machaca con las plantas de los pies las ortigas, y guarda silencio hasta el cadalso. "Los tres pelos del diablo" será para él una lección de voluntad, y en "Las dos hermanas" aprenderá que la bondad será un arma sutil para luchar en la vida.

En "Porrita , componte" asumirá el fracaso de la ambición desmedida, y en "El patito feo" verá que el propio valor acaba por sobreponerse al medio.

Los temas del Sacrificio, de la Virtud, y del Valor aparecen en lamayor parte de los cuentos: en "Los cisnes encantados", la princesa tendrá que guardar silencio para desencantar a sus hermanos, aunque ello esté a punto de costarle la vida; el príncipe, en cualquiera de los cuentos del tema "príncipe-princesa-dragón", necesitará vencer todas las tentaciones que le salen al paso antes de matar al dragón y entrar en el castillo.

No hay lección moral que valga lo que un cuento, porque un cuento no se olvida jamás. Tal vez, al principio, el niño no entienda completamente el símbolo, pero lo almacenará en su entendimiento, y un día, cuando los años pasen y tenga que escoger entre dos soluciones, el cuento y su símbolo surgirán del fondo olvidado de su conciencia, y serán los que decidan.

De siete a nueve años

Desde los siete años, aproximadamente. comienza el niño a sentir la poesía: la sexualidad despierta, y, con ella, despierta también la emoción artística.

La descripción en el cuento comienza a ser importante, y, desde este momento, los cuentos ya conocidos adquieren un valor nuevo, como si se tratara de un tesoro en el momento de descubrir las piedras preciosas.

Cuando el niño es muy pequeño no se pueden buscar en él emociones artísticas, porque no podemos darle sensaciones que él no tenga en potencia, próximas a despertar. Por eso no suelen gustar antes de esta edad los cuentos de Andersen, pero no se debe dejar que pase este momento sin que los conozca. La poesía está ya a punto de brotar en el cerebro del niño, y no hay sino que ayudarla a surgir y encauzarla, por medio de los insustituíbles cuentos del poeta de la niñez: "Almendrita", "La sirenita", "La flor de lino", "Los fuegos fatuos", "El ruiseñor y el Emperador", etc...

Y también los cuentos de Selma Lagerlof, como "El maravilloso viaje de Nils Holgersson", que la narradora tendrá que dividir en etapas.

Y como el niño español pide pronto realidades serán de enorme importancia los relatos de la vida, y sobre todo, de la niñez, de los hombres célebres. Y, desde esta edad en adelante, queda al buen sentido de la narradora el elegir entre las biografías, en los hechos heroicos, y en los relatos más interesantes de las obras célebres, para contarlos a los niños.

Cómo se adapta un cuento para contarlos

1.- La exposición

La exposición del cuento debe ser rápida, y lo más conveniente es empezar con las palabras tradicionales: "Pues señor..." "Erase una vez...", etc...

Al niño no le importan los motivos sino la acción, y, por lo tanto, no es previsto justificar demasiado el suceso. Bastará con decir: "Pues señor, esto era un niño que se cayó de la luna..." para que el cerebro infantil lo admita sin discusión.

2.- El nudo

El nudo del cuento es, como en toda obra literaria, lo más importante. Se adoptará un nombre ó un adjetivo, ó un nombre y un adjetivo unidos, para designar a las personas, animales ó cosas que tengan un lugar prominente en el cuento, y de la misma manera se repetirán todas las veces que cada uno de ellos sea nombrado, sin temor a que el niño se canse. Lo mismo se hará con las frases que tengan que ser repetidas más de una vez.

Por ejemplo: en el cuento de "Los siete chivitos y el lobo", la frase "Abrid hijos míos, que soy vuestra madre y traigo una cosita para cada uno de vosotros" se repetirá, con las mismas palabras, cada vez que sea necesario.

La misma regla se seguirá cuando se al acción la que se repite, y la narradora adoptará para el pasaje en cuestión, siempre las mismas palabras. Esto es tanto más importante cuanto más pequeño sea el niño. Para niños mayores de siete años el relato puede tener menos rigidez y mayor libertad.

Al niño le gusta adivinar, no ser sorprendido, saber las palabras que van a utilizarse en determinado momento, y aprendérselas:

"-Hermana Ana, ¿qué ves?"

-Veo el camino que blanquea y la hierba que verdea"

(Barba Azul)

y jugar a que se asombra cuando, a la tercera vez que se hace la pregunta, llegan los hermanos, aunque sabe perfectamente que van a llegar.

Conviene exagerar, porque el niño tiene una idea simplista de todo y no admite términos medios. Es preciso recargar las tintas y que el malo sea malísimo, y el chiquitín sea como el dedo pulgar. Al adaptar el cuento para los niños muy pequeños debe eliminarse todo lo que, no siendo absolutamente necesario, no añada belleza a la narración, sobrecargándola inútilmente.

Es preferible que el cuento elegido tenga unidad de acción y de tiempo, y, en caso de que no la tenga, salvarla lo más concretamente posible. En "Caperucita", el lobo llama a la puerta de la abuela cuando la niña está aún corriendo en el bosque detrás de las mariposas.

No hay que variar jamás el nombre de los personajes del cuento, que suele

ser siempre sonoro y pueril y suele adaptarse al personaje que lo lleva. Como ejemplo, podemos ver la belleza de "Blancanieves", el gracioso encanto de "Caperucita", ó el tono de humor inglés que tiene el nombre de "Epaminondas", en el torpe negrito. La gallina Picoreta no podría tener el mismo aire importante si se llamara juana, ni el ratoncito movería la cola tan graciosamente si no se llamara Pérez: parece como si estuviéramos viendo arrastrarse y retorcerse el rabo de la zeta.

En algunas ediciones poco escrupulosas se han cambiado los nombres de los personajes célebres del cuento infantil, pero es conveniente conservar siempre el nombre original.

Desenlace

La longitud no tiene demasiada importancia, pero sí la exactitud. En el desenlace debe acabar absolutamente todo, y no dejar nada a la ventura, o sin concretar. Los personajes se casan, con siguen lo que desean, y son felices. Después sólo queda terminar con las frases de ritual: "y fueron felices, etc. etc.", ó "y colorín colorado, este cuento se ha acabado".

Rima

El niño es muy sensible a la palabra rimada. Seguramente los primeros relatos debieron hacerse en versos fáciles, tal vez porque era más cómodo retener las palabras de ese modo, ó quizás porque la infancia de la literatura ha sido la poesía en todas las lenguas.

La madre hace, instintivamente, los primeros juegos de su hijo en verso: "Aserrín, aserrán, maderitos de San Juan...", "Misi gatito, pan con ajito..." El romance castellano es un relato pueril que los niños oyen embelesados: siempre que se tenga un cuento infantil en romance se le dará preferencia para contarlo.

Sería conveniente que las frases del cuento que tengan que ser repetidas varias veces, en el caso de que no estén rimadas, se les diera cierto ritmo para que el niño las aprenda con facilidad, y por el gusto que muestra al oirlas.

Cómo se aprende un cuento para contarlo

Todos somos capaces de contar bien un cuento, lo mismo que podemos contar algo que nos ha ocurrido, bien para justificarnos, ó para consolarnos, ó simplemente para hacer reir.

Todos sabemos contarlo minuciosamente, ó a grandes rasgos, escogiendo lo más indispensable para la comprensión de los que escuchan.

Y eso ocurre porque sentimos el placer de esta confianza, porque

necesitamos expansionarnos y comunicar a los demás lo que nos ha sucedido, para que juzguen, y nos admiren, ó nos compadezcan.

En cambio, cuando se trata de narrar un cuento, estas mismas personas que nos abruma con sus confidencias aseguran que no saben, que no tienen gracia, que son incapaces de entretener a un niño.

Suele ser porque no aman los cuentos, porque no saben vivirlos, y lo que es peor, porque no quieren entrar en ellos .

Para contar un cuento es preciso leerlo detenidamente, extrayendo de él toda su esencia: mirar largamente las ilustraciones, añadir a ellas todo lo que nuestra imaginación nos sugiera, considerar todos los pequeños detalles, y verlo, eb fin, como si fuera un hecho vivido.

Al recordarlo, la acción volverá a pasar por delante de nuestros ojos, volveremos a ver el jardín, la ventana abierta donde canta el ruiseñor al Emperador de la China, el traje de volantes de la princesa Elisa... y narraremos el cuento para nuestro propio deleite.

Según Elizabeth Clark, narradora inglesa de cuentos, "cuanto más nos interese un cuento, mejor lo contaremos", y esto es absolutamente cierto. Pero también dice que los cuentos que más les gustan a los niños no suelen ser los preferidos de las personas mayores. Vale la pena, entonces, mirar el cuento con ojos de niño, tratando de encontrar en él la atracción, y a veces se encuentra esta atracción al compartir la impresión de los oyentes.

No hay cuento, por ingenuo que sea, que no tenga su encanto, ni cerebro adulto que no pueda hallar en el fondo de su conciencia un resto de infantilismo que le permita sentir al mismo tiempo que el niño. Si se ha demostrado que la historia es interesante para el niño, es preciso entrar en ella, vivirla, y dar toda la importancia a cada uno de los personajes, sin creerse superior a la narración ni avergonzarse de su ingenuidad.

A las personas que no han oído contar muchos cuentos en su niñez, que no han leído muchos cuentos, que no han vivido los años de la infancia entre lo real y lo soñado, les será más difícil encariñarse con el cuento, y aún más, en la edad adulta, con algunos cuentos que son demasiado infantiles.

Existe, además, el terrible inconveniente de conocerlos por primera vez en malas traducciones, ó con ilustraciones absurdas y sin gracia. Es extraordinario la ayuda que prestan las ilustraciones adecuadas para aprender a disfrutar de un cuento.

Recuerdo que, una vez, una compañera en "La hora del cuento" me confió que todavía no se había aprendido bien uno de los cuentos que tenía que contar aquella tarde en la Biblioteca Infantil. las ilustraciones del libro eran de Arthur

Rackham, y esto la había distraído de su lectura.

- Bueno- le dije yo- Pues describa usted las ilustraciones, pensando en ellas como si las estuviera viendo...

Así lo hizo ella, y con tal entusiasmo, que los niños y yo "vimos" al hombrecito apagar, soplando, la vela antes de ir a acostarse, y al duende, que miraba por el ojo de la cerradura, y al pobre estudiante, que, en vez de comparse el real de queso que cenaba todas las noches, se había gastado el dinero en las páginas de un libro de poesías, y las leía mientras la mísera buhardilla parecía llenarse de pájaros cantores, de árboles frondosos, y de rayos de sol.

Métodos para aprender a contar un cuento

Algunas personas se aprenden el cuento palabra por palabra, pero esto sólo puede hacerse con cuentos cortos, ó rimados, y para niños muy pequeños. Generalmente, el relato así aprendido suele tener demasiada rigidez y se fosiliza con el tiempo. A la larga, no resulta un buen sistema.

Tampoco lo es leerse el cuento tres ó cuatro veces, y darlo por sabido, porque la impresión de los hechos es demasiado ligera, y seguramente se han pasado inadvertidos pequeños detalles, tal vez más interesantes que el cuento mismo, y ni la narradora, ni los mismos niños que escuchan, pueden entonces apreciar su verdadero valor.

Lo mejor es leerse el cuento cuatro ó cinco veces hasta saberse lo esencial de memoria, anotar enseguida los contornos del cuento concisamente, reduciéndolo al fondo, y así se llegará a conocerlo bien. Pensar en él continuamente durante este tiempo, viéndolo pasar ante los ojos como un hecho vivido, y repitiendo mentalmente de memoria las frases más importantes, y que deban ser dichas tres veces con las mismas palabras.

Elizabeth Clark aconseja escribir el cuento varias veces, aunque sea de forma ilegible, ya que sólo se trata de un ejercicio práctico:

"Nada enseña tan bien un cuento como escribirlo: nada muestra tan claramente lo que hemos olvidado, en dónde hay confusiones, dónde se enreda el ovillo, dónde se debilita la narración.

"Esto es un trabajo bastante aburrido, y a menudo se sienten tentaciones de dejarlo, pero es absolutamente necesario hacerlo. Nunca poseeremos un cuento hasta que lo hayamos construído con palabras, y, a veces, esta etapa final no consiste en encontrar las palabras, sino en aprenderlas de memoria : ninguna otra palabra nos servirá ya, si las palabras son nuestras, porque las hemos escogido como las más apropiadas, y ellas solas acudirán a nuestros

labios con espontaneidad y seguridad.”

Todos estos consejos son, no sólo para las narradoras, sino también para enseñar a las futuras madres a contar cuentos a sus hijos.

Claridad del lenguaje

El cuento debe contarse con la mayor claridad posible, dando a cada palabra su sonido propio sin ninguna entonación regional, para que el niño conozca el lenguaje en toda su perfección.

Nunca se debe gritar: es preciso no forzar nunca la voz, pero tampoco se debe hablar demasiado bajo, ni con la monotonía de un rezo. Las lecturas en voz alta determinan y mejoran el volumen de voz.

Es muy importante que la voz sea agradable, clara y bien modulada.

Seguridad

Si el cuento se sabe bien, y si se siente el placer de contarlo, se tendrá la total ausencia de dudas, y comunicará la sensación de que estuviese ocurriendo ante los ojos de la narradora.

Es importante que, para el niño, cada narradora sea una iniciadora en el mundo de los cuentos.

El cuento debe fluir despacio, con tranquilidad, tomándose la narradora todo el tiempo necesario. Debe haber sido ensayado previamente, para que la narradora conozca el tiempo que dura la narración, y sepa el tiempo preciso que tiene, para no precipitarse ni precipitar los detalles.

Alternativas

Si la narradora está compenetrada con el cuento, debe saber acelerar algunos pasajes para poderse recrear, más lentamente, en otros. Los episodios que no sean cruciales pueden contarse más deprisa, pero los del final, aquellos en los que aparece el desenlace del cuento, deben ser narrados despacio y con regularidad.

Miss Bryant, la célebre narradora americana, dice que el estado de ánimo del cuentista debe ser el de una persona que lleva un negocio: tiene que conducirlo perfectamente y sin decaer hasta el final.

La seriedad

Cualquier narradora que se precie tiene que tomarse la narración en serio. Una vez que se ha adaptado un cuento y se sabe de memoria, es que se está

convencida de que el cuento vale la pena, y, si los niños lo reclaman, merece ser bien contado.

La entonación

En los cuentos en que haya frases que deban repetirse, se hará esta repetición con la entonación que necesite cada una, según el momento. Por ejemplo: en el cuento "El pescador y su mujer" (también traducido como "El barbo encantado") el pescador no puede llamar al barbo la primera vez con la misma entonación que la última, cuando su mujer le exige pedirle que la convierta en Dios.

Tampoco el lobo, cuando va la primera vez a casa de los chivitos, con su voz ronca, no puede hablarles lo mismo que cuando va por segunda vez. Ni la voz puede sonar lo mismo cuando es la cabra la que llama a la puerta.

Los cuentos de risa

El cuento del tonto que todo lo entiende al revés es, y será siempre, uno de los preferidos por los niños de cuatro años en adelante. Hay que contar la gracia de modo que el niño perciba la risa antes de que llegue.

Los niños pequeños no son sensibles al humor, y necesitan que la narradora comience a reír para que ellos la sigan. Si ésta cuenta la gracia de una forma más bien seria, es posible que la situación cómica pase sin ser advertida por los muy pequeños.

A veces es incluso necesario advertir "Este cuento es de risa" para que el niño se prepare y esté en condiciones de saborear enteramente la gracia.

Hay dejarles reír, sin interrumpirles, hasta que haya pasado el momento, y luego, seguir tranquilamente contando.

La actitud del narrador

Según Miss Clark, los narradores de cuentos deben tener el mismo aire de aficionados que su auditorio, y deben dejar muy claro que están encantados con lo que están haciendo.

Habrán días en que los oyentes estén intranquilos, cansados, faltos de atención. Habrán otros en que el narrador no esté precisamente del mejor humor, o aburrido, o le duela la cabeza....sin embargo, si se está compenetrado con el cuento, se puede soportar todo: hay que considerar al cuento como un amigo. Es nuestro cuento, y solamente así podrá conseguirse que los niños tomen parte, haciendo que el cuento sea también suyo.

Razones para contar cuentos

La mayor parte de los cuentos , seguramente los mejores, son valores literarios heredados, y tenemos el deber de traspasarlos oralmente a las nuevas generaciones, porque la palabra, que es muy importante, resulta insustituible en el caso de niños muy pequeños que todavía no han aprendido a leer.

Y cuando ya hayan aprendido se darán cuenta de que el cuento leído no tiene nunca la sugestión, el encanto original, la frescura que el narrador pueda darle , con la ayuda del tono de voz, el gesto, la mirada y la vibrante emoción del gesto.

LOS CUENTOS

- De dos a tres años

- 1.- LA HORMIGUITA
- 2.- LA GALLINITA MOÑUDA
- 3.- LA BODA DEL TIO PERICO
- 4.- LA MARGARITA BLANCA
- 5.- LA ZORRITA LISTA
- 6.- EL PAJARITO REMENDADO
- 7.- LA BATALLA

-De tres a cuatro años

- 8.- LA GALLINA PICORETA
- 9.- EL HUEVO
- 10.- AZULINA
- 11.- EL GALLITO
- 12.- LOS SIETE CHIVITOS

De cuatro a cinco años

- 13.- EPAMINONDAS Y SU MADRINA
- 14.- CAPERUCITA ENCARNADA
- 15.- AVELLANA

De cinco a siete años

- 16.- LA REINA MORA
- 17.- PORRITA COMPONTE
- 18.- LAS HADAS
- 19.- BLANCA FLOR

- 20.- POR QUÉ VIVEN LOS DUENDES EN LAS BODEGAS DE LA MANCHA
- 21.- EL DUENDE
- 22.- MARTINICO EN EL PALACIO DE LA MIEL
- 23.- EL SAPO
- 24.-EL JOVIAL MARCELO
- 25.- LOS TRES LEONES

De siete a nueve años

- 26.- JUANIN Y DON JUAN BOTIJA
- 27.- CUANDO DON SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL ERA UN NIÑO
- 28.- LA ILIADA
- 29.- EL TIGRE, EL BRAHMAN Y EL CHACHAL
- 30.- LOS DOS MIL DEMONIOS
- 31.- VASCO NÚÑEZ DE BALBOA

EPILOGO

1.- Para contar a niños de dos a tres años (Este no aparece en la edición de 1941)

LA HORMIGUITA

Pues señor, esto era una vez una hormiguita que estaba barriendo el portal de su casa, y se encontró un centimito.

- ¿En qué me lo gastaré? ¿Me compraré caramelos? Ay, no, no, que me llamarán golosa...¿Me compraré un vestido? Ay, no, no, que me llamarán presumida....Ya sé: me compraré una cintita y me la pondré en el pelo.

Y tal como lo pensó, lo hizo: se compró una cinta de seda y se puso un lazo en el pelo.

Entonces pasó por allí un perrito, y se le quedó mirando:

- ¡Ay, hormiguita, qué guapa estás!
- Hago muy bien, que tú no me lo das.
- Hormiguita, hormiguita ¿te quieres casar conmigo?
- ¿Y qué harás por las noches?
- ¡Guau, guau, guau!

- ¡Ay, no, no, que me asustarás...!

Después pasó por allí un gatito.

- ¡Ay, hormiguita, qué guapa estás!
- Hago muy bien, que tú no me lo das.
- ¿Te quieres casar conmigo?
- Y ¿qué harás por las noches?
- ¡Kikirikí, kikirikí!

Y entonces pasó por allí el Ratoncito Pérez

- ¡Ay, hormiguita, qué guapa estás!
- Hago muy bien que tú no me lo das.
- ¿Te quieres casar conmigo?
- Y ¿qué harás por las noches?
- Dormir y callar, dormir y callar.
- ¡Pues contigo me voy a casar!

La Hormiguita se casó con el Ratón Pérez y se fue al mercado.

- Ratoncito Pérez, cuida de la olla, y no la espumes con la cuchara pequeña, sino con el cucharón grande, para que no vayas a caerte dentro...

Pero el Ratoncito Pérez espumó la olla con la cuchara pequeña, y se cayó dentro de la olla: cuando volvió la hormiguita sólo le asomaba el rabo.

La Hormiguita escurrió el caldo y vertió los garbanzos en la cazuela. Entre ellos estaba el Ratoncito Pérez, que se había cocido.

Y todos los vecinos lloraron con la pobre Hormiguita, y le cantaron:

- El Ratoncito Pérez
se cayó en la olla
encima del casquito
de una cebolla,
y la pobre Hormiguita
le gime y le llora.

(Nota: Puede aumentarse el número de animales que pasan por la puerta de la Hormiguita con todos los que el niño conozca: el burrito, el cordero, el pato, el pajarito, etc...)

LA GALLINITA MOÑUDA

Pues señor, esta era una gallinita moñuda que estaba picoteando en un corral, y se encontró un grano de trigo.

- ¿Quién quiere venir conmigo a sembrar el grano de trigo?- preguntó.
- Yo no iré- dijo el pato
- Ni yo- dijo el pavo.
- Está bien- dijo la gallinita moñuda- Pues yo sola lo sembraré.

Y ella sola sembró el grano de trigo, que brotó, creció, y maduró.

- ¿Quién quiere venir conmigo- dijo entonces la gallinita- a llevar el trigo al molino?
- Yo no- dijo el pato
- Yo no- dijo el pavo
- Está bien- dijo la gallinita moñuda- Yo sola lo llevaré.

Cuando el trigo estuvo molido y convertido en harina, preguntó:

- ¿Quién quiere venir conmigo a amasar la harina para hacer pan?
- Yo no- dijo el pato
- Yo no- dijo el pavo
- Está bien- dijo la gallinita moñuda- Yo sola lo llevaré.

Y lo llevó al horno, y lo amasó, y lo puso a cocer, y cuando estuvo cocido y bien doradito, preguntó:

- ¿Quién va a comerse conmigo este- pan tan rico?
- ¡Yo, que soy tu amigo!- gritó el pato
- ¡Yo, que soy tu amigo!- gritó el pavo

Y entonces dijo la gallinita moñuda:

- Pues no, no, y no. Me lo voy a comer yo con mis pollitos. ¡Pitos, pitos, pitos!

LA BODA DEL TIO PERICO

(Cuento popular español)

Pues señor, esto era una vez un pollito que iba a la boda de su tío Perico, y vió un grano de trigo en un estercolero, y se dijo:

- Si no lo pico me quedo sin el grano, y si lo pico, me mancho el pico y no podré ir a la boda de mi tío Perico. ¿Qué hago, pico ó no pico?

Por fin, el pollito picó y se manchó el pico. Entonces le dijo a la malva:

- Malva, limpiame el pico para ir a la boda de mi tío Perico...

Y la malva le dijo:

- No quiero.

El pollito fue andando, andando, y se encontró una cabra.

- Cabra, cómete a la malva, que la malva no quiso limpiarme el pico para ir a la boda de mi tío Perico.

Y la cabra dijo:

- No quiero.

Y el pollito fue andando, andando, y se encontró a un palo:

- Palo, pégale a la cabra, porque la cabra no quiso comerse a la malva, y la malva no quiso limpiarme el pico para ir a la boda de mi tío Perico.

Y el palo dijo:

- No quiero.

Y el pollito fue andando, andando, y se encontró con un río:

- Río, apaga el fuego, porque el fuego no quiso quemar al palo, y el palo no quiso pegar a la cabra, y la cabra no quiso comerse a la malva, y la malva no quiso limpiarme el pico para ir a la boda de mi tío Perico.

Y el río dijo:

- No quiero.

Y el pollito fue andando, andando, y se encontró a un burro:

- Burro, bébete al río porque el río no quiso apagar el fuego, y el fuego no quiso quemar al palo, y el palo no quiso pegar a la cabra, y la cabra no quiso comerse a la malva, y la malva no quiso limpiarme el pico para ir a la boda de mi tío Perico.

Y el burro dijo:

- No quiero.

Y el pollito fue andando, andando, y se encontró a un tábano:

- Tábano, pica al burro, porque el burro no quiso beberse al río, porque el río no quiso apagar el fuego, porque el fuego no quiso quemar al palo, porque el palo no quiso pegar a la cabra, porque la cabra no quiso comerse a la malva, porque la malva no quiso limpiarme el pico para ir a la boda de mi tío Perico.

Y el tábano dijo:

- No quiero.

El pollito siguió andando, andando, y se encontró un perro.

- Perro, mata al tábano, porque el tábano no quiso picar al burro, porque el burro no quiso beberse el río, porque el río no quiso apagar el fuego, porque el fuego no quiso quemar al palo, porque el palo no quiso pegar a la cabra, porque la cabra

no quiso comerse a la malva, porque la malva no quiso limpiarme el pico para ir a la boda de mi tío Perico..

Y el perro dijo:

- No quiero.

El pollito siguió andando, andando, y se encontró una cuerda:

- Cuerda, ahorca al perro, porque el perro no quiso matar al tábano, porque el tábano no quiso picar al burro, porque el burro no quiso beberse el río, porque el río no quiso apagar el fuego, porque el fuego no quiso quemar al palo, porque el palo no quiso pegar a la cabra, porque la cabra no quiso comerse a la malva, porque la malva no quiso limpiarme el pico para ir a la boda de mi tío Perico...

Y la cuerda dijo:

- No quiero.

El pollito siguió andando, andando, y se encontró a un ratón.

- Ratón, roe la cuerda, porque la cuerda no quiso ahorcar al perro, porque el perro no quiso matar al tábano, porque el tábano no quiso picar al burro, porque el burro no quiso beberse el río, porque el río no quiso apagar el fuego, porque el fuego no quiso quemar al palo, porque el palo no quiso pegar a la cabra, porque la cabra no quiso comerse a la malva, porque la malva no quiso limpiarme el pico para ir a la boda de mi tío Perico.

Y el ratón dijo:

- No quiero.

El pollito siguió andando, andando, y se encontró a un gato.

- Gato, caza al ratón porque el ratón no quiso roer la cuerda, porque la cuerda no quiso ahorcar al perro, porque el perro no quiso matar al tábano, porque el tábano no quiso picar al burro, porque el burro no quiso beberse el río, porque el río no quiso apagar el fuego, porque el fuego no quiso quemar al palo, porque el palo no quiso pegar a la cabra, porque la cabra no quiso comerse a la malva, porque la malva no quiso limpiarme el pico para ir a la boda de mi tío Perico.

Y el gato dijo:

- Si me traes un tocino, me comeré al ratoncito.

El pollito se fue corriendo a la ratonera, cogió el trocito de tocino y se lo llevó al gato. Entonces el gato corrió a comerse al ratón, pero el ratón se fue a comerse la cuerda, y la cuerda fue a ahorcar al perro, y el perro fue a matar al tábano, y el tábano corrió a picar al burro, y el burro se puso a beberse el agua del río, y el río corrió a apagar el fuego, y el fuego se fue a quemar el palo, y el palo quiso pegar a la cabra, y la cabra empezó a comerse a la malva, y la malva limpió al pollito el

pico...y el pollito pudo ir a la boda de su tío Perico.

LA ZORRITA ASTUTA

(Cuento popular aragonés)

Pues señor: la Zorrita Astuta y el Señor Lobo salieron un día de casa y llegaron a un corral donde se oía cacarear a las gallinas. La Zorrita dijo:

- Mira: yo voy a entrar a ver qué pasa, y tú te quedas a la puerta. Ya te avisaré si hay algo bueno.

Y sí que había: había muchas, muchísimas gallinas y muchísimos huevos, y un tonel de vino. La pícara zorra se dió un banquete, comiéndoselo todo y bebiéndose el vino. Después hizo una pasta con harina y un poco de agua, se la puso en la cabeza, y salió gimiendo:

- ¡Ay, ay, ay!

- ¿Qué te pasa, Zorrita?

- ¡Ay, ay, ay! ¡No entres, Lobo! Mira qué palo me han dado: se me ven los sesos. No me puedo tener en pié. Deja que me monte en tu lomo porque no puedo ni andar...

El Lobo, compadecido, la ayudó a subirse encima de él, y se fueron de allí lo más rápido posible.

La Zorra, muy alegre por el vino que se había bebido, iba cantando:

Zorrita artera,
harta de vino,
harta de huevos
y buena caballera...

- ¿Qué dices, Zorrita?- preguntaba el Lobo

- No me hagas caso: es que estoy cantando de puro contenta.

Y al poco rato, volvía a empezar

Fueron andando, andando, un buen trecho, y a los dos les entró mucha sed. Bajaron hasta el fondo de un barranco por donde corría un arroyito, y dijo la Zorra:

- Voy a beber del arroyo, pero agárrame bien de la cola, no me vaya a caer, que está muy pendiente.

Así lo hizo él, y la Zorrita bebió todo lo que quiso. Entonces dijo el Lobo:

- Ahora me toca a mí, Zorrita. Cógeme de la cola.

La Zorra lo hizo así, y cuando el Lobo terminó, le dijo:

- Ahora súbeme, Zorrita.

- ¡Ay, ay, que la cola se me escapa!- gritó la Zorra.

Y soltándole la cola, le dejó caer al fondo del barranco, y se volvió sola, tan campante.

FIN

EL PAJARITO REMENDADO

(Cuento popular aragonés)

Pues señor, esto era un pajarito muy vanidoso, que se encontró una bolsa llena de dinero en el alero del tejado.

- ¿Qué me compraré, que no me compraré? Pues me compraré un traje de señorito y todo el mundo me tendrá envidia.

Conque se fue a una sastrería, y se compró una levita y un pantalón de rayas. Y se fue a una camisería u se compró una camisa de seda. Y se fue a una zapatería y se compró unos zapatos de charol con hebilla de plata

Luego se subió al balcón de palacio y comenzó a gritar:

¡ Pí,pí,pí,pí!

¡Valgo yo más con mi traje de lana

que el mismo rey con su manto de grana!

Y tantas veces lo repitió que el Rey, que estaba sentado en su trono, dijo:

- ¡Que me traigan a ese pajarito
que me lo voy a comer bien fritito!

Los pajes del rey salieron al balcón y cogieron al pajarito y se lo llevaron al rey, que, cuando lo tuvo en la mano, no esperó a que se lo frieran, sino que le quitó el traje y las plumas, y se lo comió de un bocado.

El pajarito entró en la barriga del rey, donde estaba todo muy oscuro, muy oscuro, y no sabía por dónde salir. Comenzó a picar, y a picar, y a picar, y, por la noche, mientras el rey dormía, le hizo un agujero en el ombligo y salió por allí. Luego escapó a todo correr, porque, como no tenía plumas, no podía volar, y llegó hasta el nido del mirlo:

¡Mirlito, mirlito

dame alguna pluma porque estoy muy desnudito!

Y el mirlo le dió dos plumas largas de las de su cola.

Después se fue al nido del gorrión:

¡Gorrioncito, gorrioncito,

dame alguna pluma porque estoy muy desnudito!

Y el gorrión le dió seis plumas de su pechuga.

Después se fue al nido del grajo:

¡Grajo, grajito,

dame alguna pluma porque estoy muy desnudito!

Y el grajo le dió diez plumas, cinco para cada ala.

Poco a poco, gracias a la amabilidad de todos los demás pájaros, el pajarito consiguió tener el cuerpo cubierto de plumas otra vez. Sin embargo, no se atrevía a presentarse delante de los otros pájaros, durante el día, porque le daba vergüenza que le vieran con plumas de tantas clases diferentes.

Pero por la noche, cuando nadie podía verles, se subía hasta el balcón del rey, y se ponía a cantar con todas sus fuerzas:

¡No hay otro como yo,

no hay otro como yo,

que en el rey entró y del rey salió!

Luego se echaba a volar hasta lo más hondo del bosque, de donde no salía hasta la noche siguiente. Y así fue siempre feliz. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

FIN

:
- .